

---

# RECUERDOS, OLVIDOS Y DESENCUENTROS

Aproximaciones a la subjetividad de los  
jóvenes andinos

María Angela Cánepa

---

A PARTIR DE LA INQUIETUD de un equipo de jóvenes investigadores del Sur Andino sobre la identidad, lo subjetivo y los afectos y vivencias de sus pares de la región podemos contar con un grupo de entrevistas en torno a las vidas y sentimientos de un grupo de jóvenes. Usaremos este material para ir construyendo, desde una mirada psicosocial, algunas impresiones, no generalizables, circunscritas a los casos entrevistados.

EL VÍNCULO, LOS INTERROGANTES, LA COMUNICACIÓN

*...para saber que será de nosotros  
habrá que mirarnos cara a cara  
y eso será difícil para todos...*

Mario Benedetti.

A partir de las entrevistas que nos fueron entregadas<sup>1</sup>, fuimos accediendo a trozos de la vida de los jóvenes. Ellos

<sup>1</sup> Hemos trabajado con 9 entrevistas tipo historias de vida, conversadas con jóvenes campesinos de Quispicanchis, Yunguyo, Sicuani,

MARIA ANGELA CANEPA

dibujaban algunos de sus rasgos, describiendo sus conductas, problemas, hasta enfoques, pero difícilmente una «imagen» clara o completa de «ellos mismos». Creemos que nuestra dificultad para acceder a sus emociones e identidades ha sido de alguna manera una reedición de la dificultad que, al parecer, han vivido los entrevistadores al acercarse a algo tan complejo e inasible como la identidad y los sentimientos de un-otro y, en este caso, acercarse a «otro» con una historia y vivencias muy semejantes a las suyas, que crea resonancias en su propia subjetividad.

Ante la propia historia uno suele tener claros y oscuros, recuerdos y nebulosas, cosas que quiere recordar y otras que no. Así, entrevistas de este tipo muestran, además de los datos e información recabada, los temas o recuerdos que se esquivan, lo que en cada población no se aborda, no se toca con facilidad. Ya que quienes establecen el dialogo son también jóvenes del sur andino, podremos pues ir trazando algunos rasgos sobre lo que es decible y lo que no lo es en esta población. Sin pretensiones de generalizar, como simple esbozo inicial.

Comenzamos percibiendo una tendencia en la relación entrevistador - entrevistado. En ella, el primero aparece ansioso por recabar información sobre la vida de su interlocutor (datos: estado, infancia, padres, religión, sexo, política). Interrumpe y corta la respuesta de los jóvenes, cambia de tema y bruscamente plantea otro, sigue su propia lógica o evita profundizar aspectos muy dolorosos

Huancané, llave, Río Salado, Jaquira Kunka. Ellos son quechuas y aymaras, sus edades están entre los 15 y 23 años; 5 de ellos son hombres y 4 mujeres. Su escolaridad es variada: entre tercero de primaria y quinto de secundaria. Grupo muy diverso en cuanto a estos datos, pero homogéneo en su percepción de vidas, responsabilidades, familia, comunidad, valores y futuro. Las entrevistas fueron realizadas en el contexto de la investigación participativa «Los jóvenes del Sur Andino comparten su problemática y perspectivas», impulsada por la coordinación de jóvenes del Instituto de Pastoral Andina.

## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

o personales del otro, tal vez porque de hacerlo se «movilizarían» sus propias experiencias afectivas.

Es así que termina eludiendo o distrayendo la necesidad de buscar información. La paradoja es que, preguntando, se esquivo algo, se da un giro o viraje que cambia la dirección. Conocemos de esos desencuentros en distintos tipos de comunicación. Interesa saber su significado en este contexto.

Podríamos quedarnos en esta dificultad y decir que no hay un material completo sobre el cual trabajar. Pero si tomamos la situación de la entrevista en sí como una forma de conocer a ambos (entrevistador y entrevistado), de atisbar las resistencias o desintereses del primero, las fracciones posibles de vislumbrar en el segundo, entonces tal vez podamos aproximarnos al significado de este encuentro, de sus ausencias, de sus omisiones, de sus evasiones.

También nos hemos preguntado si lo entrecortado de las entrevistas, que hace tan arduo conocer a cada uno de estos jóvenes, no es una vez más la repetición de una pauta de relación en la que hablar no es hábito, no para decir lo que se siente realmente. Hablar es como cierto «actuar», decir lo que otros esperan escuchar. Es obedecer, responder a la iniciativa-pregunta de otro, sin dar un gramo más allá de lo que éste pregunta o busca. Esto se ve en las historias recogidas, como experiencia excepcional parece haber sido posible otro tipo de intercambio-comunicación (en los recuerdos de algunos jóvenes, con un tío, un hermano mayor).

Más allá de las formas culturales de expresar afectos y mostrar la propia subjetividad, creemos que un estilo de investigación-aproximación que no facilita discurrir los recuerdos, las reflexiones y explicaciones de los jóvenes, que no los invite a preguntarse y conocerse, termina ratificándoles el sinsentido de la comunicación, repitiendo escenas de su vida anterior, y nos deja (y les deja a ellos también) una imagen difuminada y parcial de su identidad.

## MARIA ANGELA CANEPA

Otra de las dificultades está en la «traducción» de los términos<sup>2</sup>: ¿cuánto se acercará cada palabra a lo que Juan, Manuel o Pedro quisieron decir? En este contexto, por el texto y el diálogo, pareciera que cuando se dice «tristeza» por el hambre y la carencia, se está connotando «pena» por sí mismo, cansancio y desesperanza. Por ejemplo, en el siguiente dialogo:

Entrevistador: ...entonces te pones triste?

María: sí...la harina está a 18,000... creo que se puede pensar en la muerte no más, ni siquiera, no hay plata, ¿en qué más se puede pensar?...la venta de una yunta no da para nada, así no más apenados estamos. (Entrevista N° 7)

O cuando se habla de «rebelión» contra el abuso se está implicando cólera y resentimiento, un enojo reprimido (Manuel, entrevista N° 1, por ejemplo). «Aburrimiento» significa también «frustración, desconcierto, descontrol y actuar sin sentido». Por ejemplo, en la entrevista N° 4: «somos bien aburridos, ya no somos como antes, no hay tanto respeto» (cuenta travesuras y nostalgia del pasado).

A lo largo de estas vidas, de lo que podemos ver de ellas, vislumbramos en algunos momentos vivencias de ansiedad, de espera frustrada, de desamparo, rápidamente distraídas por explicaciones sobre los hechos externos, explicaciones que priorizan el hecho sobre la comprensión de lo narrado, los datos sobre su significado. El entrevis-

<sup>2</sup> Tres de las entrevistas son traducidas, una del quechua y dos del aymara al castellano. En el texto no aludimos a la traducción en cuanto al idioma, sino a la traducción del sentimiento, de las sensaciones en palabras, y a la elección de estas. Evidencia que el repertorio para hablar de su subjetividad está determinado al extremo por términos convencionales para hablar de algo semejante a lo que sienten, pero que no parece ser exactamente lo que sienten. Hay, al parecer, una socialización desde el idioma que va orientando la comprensión de sí mismos en los términos de otros.



## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

tador ayuda al joven a no-tocar temas medulares. Se excluye la posibilidad de «contar entendiendo» o de aproximarse a la propia vida con una mirada consciente, y en compañía de un interlocutor interesado.

Revisando varias veces el material, se tiene la sensación de que, a la traducción de una lengua a otra (quechua o aymara al castellano), necesitaríamos añadir una traducción de códigos y deducir, por el clima y la hilación que la entrevista conlleva, qué es lo que el joven está sintiendo, lo que el texto solo no parece darnos.

Con estas reservas intentaremos una aproximación a los aspectos del texto que nos permitan «aguaitar» solamente áreas pequeñas de los jóvenes en cuestión.

## LAS FAMILIAS, NIÑEZ Y ADOLESCENCIA

Un panorama conocido: padres ausentes por el trabajo, distantes por el analfabetismo que les impide ayudar a sus hijos en sus estudios, distraídos de las necesidades específicas de cada uno de ellos por la ardua tarea de sobrevivir. Pero los jóvenes transmiten todo esto con naturalidad: describen un criarse solos y ver por los hermanos desde muy temprano (con vivencias de inseguridad, cólera, impotencia, temura, responsabilidad) y, repetimos, muy «naturalmente». Así como el pastoreo de los animalitos es inherente a sus infancias, lo es también el cuidado de sí mismos y de sus hermanos menores. Los tiempos de las «etapas de crecimiento» se funden y diluyen: se aprende trabajando, se juega con responsabilidad, se vive el amparo paterno a través del precario cobijo material, se pierde éste con mucha frecuencia y se sobrevive sin mayor síntoma de problema.

Nos preguntamos si lo que percibimos como expresión natural lo es o, más bien, expresa una actitud (resignada-paciente) frente a lo inevitable, una dificultad de reclamar, demandar, quejarse, porque se sabe que no

MARIA ANGELA CANEPA

habrían, materialmente, posibilidades de ser atendido, escuchado. Si es así, el autosometimiento temprano y la negación de las necesidades afectivas, siendo funcional al tipo de familia, a la situación de carencia, también lo es a la no resolución de estas carencias, a la no imaginación de que «las cosas podrían ser diferentes», al no cuestionamiento crítico (no sólo demandante) de la autoridad, del estado de cosas.

La posible afirmación sobre la ausencia de síntomas de problemas es susceptible de ser revisada: en la ciudad solemos ver como tales los problemas de aprendizaje, de conducta, de adaptación, las enfermedades somáticas, etc. Aquí pareciera haber más bien una sobreadaptación y una ausencia de indicios de insatisfacción, desajuste, desacuerdo. Pero si implementamos una mirada interpretativa, sabemos que hay silencios que comunican, hay omisiones expresivas, hay vacíos altamente significativos. Tal ausencia de demandas nos parece relevante, pues parece haber cuajado en un sentido común que ha hecho del «así será pues» una verdad. Vemos, gracias a estos jóvenes, el origen psicológico de una filosofía de vida en la que, si «no hay...», si «no va a haber», no se reclama lo que se necesita.

En otras palabras, es más tolerable no esperar nada, o esperar poco, que confrontarse abruptamente con demandas no satisfechas, diálogos que son monólogos, necesidades que mejor sería no reconocer, ya que su reconocimiento no lleva a buscar su satisfacción. Esta es una manera de vivir para algunas personalidades en diversas culturas. Aquí, en las entrevistas, es una constante, uno de los rasgos comunes, un rasgo colectivo, si es posible usar el término.

Hay algunas especificidades en la transición de ser niño a joven. Un joven dice: «de niño uno vive inocente, divertido, no se da cuenta... olvidábamos rápido, ahora recién reflexiono que ha sido un poco duro también» (Entrevista N° 2). Es decir, la infancia es dura, pero sólo en

## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

la adolescencia, ante nuevas perspectivas, es mirada y asumida como tal, no es simplemente olvidada o idealizada. Se la vive, y los años abren paso al dolor, al cansancio y la conciencia de su dureza. El tiempo, el proceso de desarrollo permite «re-significar» la propia historia.

En el contacto con estos recuerdos y emociones se extraña lo que no se tuvo: lo suficiente para comer, alguien con quien hacer tareas, respeto, «la mirada de la madre» (como señala uno de ellos) necesaria para no sentirse indiferente para ella. En la mayoría de casos encontramos estas vivencias de sentirse indiferentes para los otros, poco importantes, a veces poco queridos, abandonados a su suerte.

Tal vez esta minusvalía, alimentada por la ausencia de experiencias de reconocimiento-atención, es producto también de la negación social del proceso de crecimiento y de la infancia en sí. Como vemos hay una prematura adultez, («hombre pequeño» le dicen al niño), por lo menos parcial, conductual, que genera una gran exigencia «un niño debería poder hacer todo lo que se le pide». Si no hay en la infancia-adolescencia las vivencias de cambio permanente, crecimiento, desarrollo, difícilmente las nociones de cambio, evolución, desarrollo, movilidad, proceso van a ser registradas como realidad en funcionamiento, presente y posibilidad para el futuro.

Más allá de las necesidades productivas (en condiciones de explotación) que generaron esa manera de ser niño, sus resonancias en los adultos, como vemos, son relativas a ciertos procesos, a ciertos registros ausentes: el de la posibilidad de un cambio que no sea trauma, pérdida, golpe, despedida, caos.

Este rasgo se asocia, creemos, a la tendencia a sentirse culpable por las propias limitaciones o carencias. Una autoimputación sistemática, por la que toda culpa recae en el propio joven, en su supuesta incapacidad para el progreso, para el trabajo, para mejorar las condiciones de vida de los suyos.

## MARIA ANGELA CANEPA

Vemos que esto desplaza hacia cada proceso personal el imperativo de producir una serie de transformaciones en la vida familiar y social. De esta manera, se lleva la necesidad de «cambio social» al espectro familiar. Una tarea colectiva, política es trasladada a la dimensión personal, como exigencia para con cada joven, solo, «por sí mismo». Esto hace que sobre el joven pese tanto el déficit de lo que no puede lograr solo, (como no lo lograron sus mayores, esto es, redimir al pueblo y a la familia de su situación de pobreza y sufrimiento), a lo que se suma el sentimiento (mandato internalizado) de deber cambiar las cosas cuyas causas desconoce, o conoce esquemáticamente.

Se va pues trenzando una continuidad de falsas verdades («cada» joven «debería» poder mejorar solo el estado de cosas) que, junto con el congelamiento de situaciones críticas (el caso de la educación que, a pesar de su probada ineficacia, permanece «como si» fuera un medio para promover cambios), inhiben las transformaciones susceptibles de darse de una generación a otra<sup>3</sup>.

### UNA LECTURA MÁS ALLÁ DE LO LITERAL, RECONSTRUCCIONES A PARTIR DEL TEXTO

Se nos pueden abrir algunas pistas si lo anecdótico es leído como significativo de vivencias internas. Por ejemplo,

<sup>3</sup> La oportunidad que una entrevista provee para cuestionar estas creencias es grande, y puede quedar desperdiciada. La sola experiencia de alguien escuchando a un joven que nunca fue interrogado sobre sus ilusiones, ideas, recuerdos, es nueva y potencialmente transformadora. No deja igual o indiferente a la persona, desde que permite hablar de lo que cotidianamente se posterga, se olvida, se niega a veces. Reconstruyendo y volviendo su mirada sobre sí mismo, se va dando un cambio de la persona, de su versión de sí y, por tanto, de sus perspectivas futuras. Por ejemplo, a propósito de dos mitos recurrentes que aparecen sin ser confrontados con la realidad: «terminar la secundaria abrirá puertas al progreso» y «la migración es un ascenso».



## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

«mi madre *me dejó* a los 14 años» es una expresión que da cuenta de la muerte de la madre, producida luego de una larga enfermedad. Aquí la expresión «dejó» condensa el abandono (la acepción de «ser dejado», que es distinto de simplemente «murió») y la «herencia» que esta madre deja a su hijo: hermanos menores de quienes hacerse cargo, siendo aún niño. Es recurrente esta experiencia, *ser dejado*, por fallecimientos o por viajes o trabajo, y, por lo tanto, la experiencia de ser niño(a) que cría y cuida a sus hermanos. Es decir, es recurrente la asociación de abandono-soledad-carga excesiva y prematura. Situación que veremos reproducida en la adultez, mostrando que el devenir se hizo repetición, aunque en otra escala.

Es recurrente también la nostalgia de presencias: «mi padre viajaba, mi madre murió, nadie me controlaba...» dice un joven como explicación de sus problemas para aprender, lo que además expresa su necesidad (natural) de control y apoyo. Este apoyo, según el testimonio de estos jóvenes, se limita a la compra de útiles y al mandato «vete a la escuela». Cuando se les pregunta cómo los ayudaban sus padres, responden con las variantes de la ausencia, el abandono, la distancia, la indiferencia, y algunos de ellos esbozan una opinión más subjetiva de esto: «yo creo que les era indiferente», «si yo vengo al amanecer o me pierdo, para ellos es igual. No les interesa nada, me ponen en el colegio y se olvidan de todo, *no me preguntan...*»

Así pues, aparentemente se espera poco de los padres, porque se reconoce sus límites, carencias y problemas. Se «asume» que no pueden dar más. Pero éstas y otras expresiones de sus vivencias internas, nos dan cuenta de una no adaptación, no resignación, en todo caso no indiferencia o autosuficiencia, lo que es (en ese campo, el subjetivo) el germen de una percepción más realista, más transformadora, menos resignada, con mayores ilusiones y esperanzas que aquellas a las que la realidad los fuerza.

MARIA ANGELA CANEPA

Si bien estos procesos están atravesados por la lucha por la sobrevivencia, parece que la convención social según la cual «así es nuestra forma de vivir», impermeable a cuestionamientos, se presenta como un producto cultural, cuando más bien es producto de una forma injusta de organización social, que se reproduce a pequeña escala, en los vínculos primarios. Como estamos viendo, en ellos podemos encontrar indicios del alto costo afectivo que tiene esta adaptación.

Uno de estos indicios en los jóvenes es una falta de creencia en que la infancia pudiera haber sido mejor. Las malas experiencias se sienten inmodificables y, por tanto, como inevitablemente repetibles en el futuro. Tal como se siente constante e inmodificable la impotencia frente al abuso, a la violencia de otros: «A veces eran malos», «peleaban», «nos agarraba a chicotazos,... salíamos corriendo». [¿Qué hacías?] «lo que hace un niño generalmente, llorar y llorar, y llorando no sacas nada...»<sup>4</sup>

A MÁS AUSENCIA Y DESAMPARO, MÁS NECESIDAD DE  
CONTROL Y TEMOR A LA LIBERTAD

Por otro lado, y como consecuencia de esta forma de vivir la experiencia familiar, las nociones de libertad (reivindicación de los niños en las ciudades) tienen aquí connotaciones amenazantes, pues como dice una joven: «No estaría bien que me dejen en libertad, yo necesitaría siempre el apoyo (¿control?)... si me dejan estaría abandonada». De alguna manera, así como se tiende a racionalizar las carencias, para tolerar vivir con ellas, se justifica la rigidez-control que provee seguridad.

<sup>4</sup> Como recuerda Luis Herrera, en su interesante trabajo sobre «El padre ausente» y su estudio a partir de Arguedas, en un momento el padre de éste le dice: «llora nomás hijo, sino se te puede romper el corazón».

## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

Si nos detenemos en este caso, la joven se encuentra relativamente sola. Vive el control paterno como amparo-protección, teme su autonomía, su libertad, pues cree no poder manejarla. Desconoce que la está viviendo, sin saberlo, pues describe que se hace cargo, sola, de muchas tareas. Desconoce por tanto sus capacidades y recursos, siendo más bien consciente de sus límites y sus inseguridades. ¿Será ésta una situación paradigmática de lo que viven muchos otros jóvenes andinos?

El tema de la libertad igual a desamparo aparece con frecuencia. Una de las personas que habla de esta ecuación siente su casa como una cárcel, es decir, su experiencia de amparo está ligada también a la pérdida de libertad, a la insatisfacción y recorte de las propias alas. Sin embargo, teme la salida de esta cárcel. Tal vez subyace a esto la percepción de mayores peligros en «el afuera», ante extraños, ante un mundo más amplio frente al que lo conocido-familiar es, en cualquier condición, un seguro. Es «lo malo conocido».

Esto nos lleva a pensar que la idealización del pasado, de la tradición, de la colectividad, de los grupos primarios referenciales, apuntan muchas veces (en un nivel más interno) a fortalecer una tendencia a la autorrestricción de salidas, a un funcionamiento (metafóricamente hablando) endogámico, centrípeto, paralizante del cambio, el intercambio y el movimiento.

## LO QUE TRAE HACERSE JOVEN, CRECER

En algunos casos, entonces, llegar a ser joven supone vivir el temor a perder las condiciones infantiles que asocian familia-control-seguridad (asociación que está hecha en función de cómo ellos quisieran que fuera esta relación, es decir, de su necesidad de vivir el control como forma de protección).

MARIA ANGELA CANEPA

En otros casos supone una restricción del poco espacio lúdico de la infancia: «distinto ya pienso... ya no me da ganas de jugar, como los chiquitos...». Puede suponer también una nueva posibilidad para ver más objetivamente los errores y límites de los mayores: «no hacen siempre lo correcto los mayores... por ejemplo, hacen hartos chiquitos y no pueden vestirlos, educarlos».

En el devenir del crecimiento de los niños y el envejecimiento de los padres, la relación va modificándose. La violencia física da paso a la riña verbal en los padres, mientras que el joven siente que ya eso le afecta menos (pero le afecta), y que es producto de un proceso natural que no «componen» lo sufrido en la infancia. De todas formas es un cambio imprevisto y bienvenido.

Su crecimiento trae, según sus palabras, «la pérdida de la inocencia», de la capacidad de jugar sin preocupaciones, el peso de mayores responsabilidades. Como vemos, hay una programación muy inconsciente hacia la continuidad. Las bases para una vida de trabajo y para la repetición de una rutina están puestas en la infancia, en la que «trabajando hemos agarrado experiencia». Por eso la juventud está siendo vivida especialmente como el desarrollo de las capacidades físicas que hacen posible un mejor trabajo. Y, luego, como el desarrollo de la posibilidad de reproducirse, de defenderse mejor.

Pero hay otras dimensiones que están ausentes en el registro que estos jóvenes hacen de su período adolescente. En efecto, no aparecen el poder, la vitalidad, el distanciamiento que suelen traer consigo tales procesos fisiológicos y psíquicos. De las vicisitudes de cada uno depende usar este nuevo potencial, o no hacerlo, para realizar cambios, desear cosas y buscar llevarlas a cabo. Tener, de esta manera, un guión de vida propia, diferenciada de la de los padres y de lo que «otros» pueden esperar de ellos.

Nos preguntamos: ¿se está usando este potencial o, más bien, se está perpetuando un no-poder en cada



## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

generación? es decir, en esa instancia-esquina, ese momento de giro, de traspaso, de una generación a otra ¿es una oportunidad de viraje y cambio o, más bien, rutina de continuidad y perpetuación de lo ya existente?

La aceptación de formas de vivir y sentir por, supuestamente, ser propias de una región o de un modo de producción deja sin cuestionar la insatisfacción de la vida de las personas. Se da por natural una manera de ser, la prolongación de formas de vida donde el sentir-desear no tiene lugar o, si lo tiene, no puede ser explícito y se vive como clandestino, inviable. La visión de cultura que ello implica, como «lo que está y hay que conservar tal cual», involucra actitudes y deseos, proyectos y potenciales, deviniendo entonces en coartada para una posición conservadora y refractaria al cambio.

Ha de existir un potencial profundamente renovador en las vivencias, deseos, inquietudes, anhelos y silencios de estos jóvenes para que hayan invertido tal fuerza en hacer como si los potenciales estuvieran ausentes o, si lo están, silenciarlos. De ahí pensamos que el mundo interno, aún mudo en muchas circunstancias, es un «puquio» lleno de vida y posibilidades aún no exploradas<sup>5</sup>.

Hacerse joven aparece también como una confrontación con «cambios» respecto a la propia ubicación social. Cambios que los jóvenes sienten producto de «ser mayores» y no de las propias propuestas o de sus voluntades. Pero, a pesar de estos cambios, viven el haber crecido como una repetición, desde otra dimensión de sí mismos (más grandes, con más responsabilidad, más capaces de hacerse respetar), o como una continuación de la vida anterior o la oportunidad de reemplazar a «un mayor» en funciones comunitarias. A veces, por el contacto con terceros, se despierta la posibilidad de vislumbrar poder-desear otras formas de vida. Cosa que habría que elaborar y facilitar.

<sup>5</sup> Esta es una imagen que tomamos de Manuel Vassallo, sacerdote que trabaja en el sur andino.

MARIA ANGELA CANEPA

Pareciera que para algunos este tránsito significa pasar de la impotencia del llorar de la infancia a la capacidad de trascender esta impotencia, para arribar a distintos logros y a distintas formas de vincularse. Uno de ellos dice que haber crecido le servirá para «ponerme de acuerdo con mi mamá, para resolver algunas cosas», «... para que me respeten mejor», «...para ser tomado en cuenta como comunero y no mandado como niño»...

SENTIMIENTOS NOMBRADOS Y RECURRENTES.

«...  
*perdonen la tristeza...*»  
C. Vallejo

Buscando responder a la inquietud de hacer un análisis sobre la «afectividad» de los jóvenes, tratamos de encontrar una mención directa a sentimientos o emociones. Sin decir que sean los más importantes, los sentimientos de los que se habla en las entrevistas son los que se ha aprendido a nombrar.

Encontramos con mucha valoración alusiones al «respeto», a propósito de experiencias excepcionales de afecto y falta de violencia en las relaciones (en un caso un tío, en otra un hermano). «Respeto» como palabra que describe buen trato, horizontalidad, derechos de ambos, clima tranquilo en una relación, «democracia», un vínculo no violento. Parece no ser muy frecuente (la experiencia, pues la valoración del respeto si lo es) y, cuando se da, genera reconocimiento, ganas de cooperar, identificación, bienestar. Tal como se presenta, es más una forma de vínculo, un germen de afecto. Pero su misma valoración es significativa de su ausencia, muy frecuente al parecer.

Otra palabra de frecuente aparición, y que describe una experiencia también frecuente, es «asustarse» (vinculada con las experiencias de violencias y faltas de respeto). Nos

## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

parece importante destacar que en la narración este sentimiento se vincula al temor de suscitar violencia en otros. Se siente que decir o expresar algo propio va a generar reacciones en otros, que a su vez van a asustarlo a uno. Algo así como «si me muestro me van a asustar», «lo que yo pueda dar-decir va a generar castigo, represalia, sanción». Una intuición así se da porque han habido experiencias en ese sentido, que asustan a un niño y lo condicionan a reprimirse para evitar futuros sustos. Aquí encontramos una clave del por qué de ese autocontrol o autocensura, y encontramos una razón para que, en las entrevistas que hurgan en temas personales, se trasluzca un nivel de no-expresión, de bruma que oculta lo propio, la identidad, el perfil. Donde prima el silencio.

Si se vive la experiencia de que resulta peligroso hablar, preguntar, opinar, contestar con franqueza, porque alteran el respeto de otros para con uno, porque generan sobresalto, conflicto y temor, se dan las bases para anular esas dimensiones, lo que a la larga conduce a un ocultamiento sistemático de la propia personalidad.

Otra experiencia presente es la que ellos denominan «maldad», palabra que convierte a la violencia en algo más que humano, solemne y absoluto. Con ella se refieren a la violencia de los padres: «a veces ellos eran malos, peleaban». O «era buena, pero a veces se ponía mala y le daba cólera». La maldad es interpretada como un espasmo más o menos prolongado, como una descarga que tiene sus objetos en los más débiles, los hijos, los pequeños. Cabe destacar los límites en la comprensión de esta violencia, que termina siendo adjudicada a la arbitrariedad, al azar. Si los jóvenes pudieran acceder a sus causas y, por lo tanto, a sus determinaciones, la maldad podría ser vivida como relativa, producto de algo que genera absurdo y arbitrariedad, pero algo susceptible de ser transformado.

Por las referencias que los jóvenes dan sobre sus padres, estas causas parecen ser: el fracaso de un negocio,

MARIA ANGELA CANEPA

la frustración, el ser víctimas a su vez de comportamientos violentos, la sistemática falla de los proyectos emprendidos o la necesidad recurrente de separarse de la familia por períodos largos o la sensación de incompetencia-impotencia como padres, etc. Ir al por qué de los sentimientos «buenos y malos» podría permitir mayor comprensión, intimidad, integración, de las percepciones sueltas de los jóvenes.

Nombrar la cólera, la rabia, la ira, el rencor, independientemente de «la maldad», haría más humanos y accesibles esos sentimientos. Al ser todos ellos englobados como «maldad» adquieren tintes morales, pasan a ser prohibidos. No decimos que el cambio de términos modifique en sí mismo la comprensión de los hechos, pero es un comienzo en la decodificación, lo cual permitiría legitimar algunos sentimientos, des-sacralizar algunas concepciones y personas.

También serviría para poder destilar las propias reacciones a la maldad de los otros, es decir, la propia «maldad», sin sentirla como absolutamente generadora de caos, ruptura, susto, sino como una vivencia que está ahí... esperando a veces solamente llegar al estatuto de «mayor» (adulto) para, a su vez, emplearla contra los más pequeños, perpetuando una cadena en que la resistencia o respuesta a los poderosos aparece como inútil, innecesaria, absurda o culpable.

MÁS INTERROGANTES SOBRE CAMBIO, CONTINUIDAD,  
RECRUDECIMIENTO

La ejecución a temprana edad de tareas de responsabilidad, por lo general, no conlleva gratificaciones. Tal vez sí en algunos casos aislados. Pero la gravedad con la que los jóvenes hablan de sus responsabilidades infantiles, da la oportunidad, como hemos visto, para acercarse a cómo las sintieron.

Esto reabre una vieja pregunta: ¿cómo manejan los niños y adolescentes el no haber podido depender, vivir la



## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

pasividad y receptividad por un período más o menos largo? ¿qué es lo normal y deseable para estos niños? ¿Hay un poder, una realización, o es mera frustración del tiempo para jugar? Existen patrones distantes a los nuestros para comprender estas dimensiones.

Contamos, sin embargo, con explicitaciones que nos acercan a cómo se percibe esto: «me los dejaban -a los hermanitos- yo no sabía qué hacer, cómo calmarlos, cómo cuidar a mis hermanos, por eso ellos sufrían y yo también...»

Si desde la infancia estuvieron ejerciendo las tareas que simplemente se reeditarán una y otra vez a lo largo de sus vidas ¿qué novedades en términos de trato-cargas-tareas trae para estos jóvenes la juventud? Esta apariencia de no-cambio externo ¿influye en el disimulo o encubrimiento con que se viven los cambios internos, los impulsos, la sexualidad, los deseos de experiencias propias y nuevas?

Parece que la tarea de diluir los cambios, disimular las transiciones, negar los giros, fuera inherente a la ideología de estos jóvenes. Así, no se muestra afuera lo que se vive en terminos de procesos adolescentes y, asimismo, de una generación a otra las cosas parecen repetirse, continuarse, cambiar poco. Pero, ¿cuánto cambian realmente?

Un punto importante para detener nuestra atención nos parece la reflexión hecha al respecto por Moisés (entrevista N° 4). El es el hermano mayor, es huérfano y dice que quisiera que su hermanita estudie y no tenga que trabajar: «que no sea como yo». Frase que los padres suelen repetir a sus hijos. Esta anti-identidad como propuesta, o identidad en negativo, resulta una invitación compleja. La dimensión básica de las identificaciones, dada por el querer ser como el otro-admirado-mayor, está sancionada, porque este otro se desprecia a si mismo porque sufre carencias y limitaciones.

«No seas como yo» diluye las dimensiones positivas, contenedoras, protectoras y mudas de estos vínculos, y

MARIA ANGELA CANEPA

globaliza la frustración («yo» se convierte en nada bueno que dejarte), golpeando además al sujeto que la formula, a su autoestima, a sus posibilidades de cambio, de mejora y crecimiento. Siendo una expresión de buenos deseos, implica una propuesta generadora de desconciertos, incluso puede ser una expresión que, si no está acompañada de preguntas como «¿cómo quieres ser, qué podrías, a quién te parecerías?», deja un vacío, genera un vértigo, quita piso.

Puede generar, como lo hace a veces, identificación con el «exitoso», el agresor o el poderoso, por el éxito, la agresión, el poder, todos ellos elementos ausentes de la experiencia infantil. Pero cuando esto se produce encontramos una inconsistencia de base: la ausencia de identificaciones tempranas, fundadas en los afectos y no en el pragmatismo.

Se ve la posibilidad de progresos ligados a educación-profesión-poder-migración, mito que quienes llegan a las ciudades podrían cuestionar porque la realidad se los desmiente. Se pone en el «desplazarse geográficamente» la única posibilidad de cambio-movimiento posible. Hay otras líneas de progreso abiertas, reales y que, sin embargo, son desestimadas. Por ejemplo, el otro lado de la misma afirmación mencionada (paradojas de una lectura que acoge la contradicción o ambivalencia de lo humano). Podemos ver en la afirmación de Moisés la capacidad del adolescente que ya anticipa un futuro mejor para su hermana, lo que supone una capacidad maternante-protectora para cultivar y preservar lo precario y pequeño. Pero es también delegar en otro la capacidad de cambio, postergándola a otra generación, negándola para sí mismo. Y habría que recordar que no estamos ante la palabra de un hombre «en el ocaso de su vida», sino ante la de un joven que recién comienza. Si cuando niño fue grande, cuando joven se siente ya viejo y clausura en sí mismo la esperanza.

También nos preguntamos: ¿cuánto de su cariño por la hermana se muestra como exigencia o imposición y cuánto como ternura o preocupación? Las condiciones

## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

de pobreza tienden a generar urgencia, impaciencia, intolerancia, autoridad ruda por ser ésta aparentemente más rápida y «eficiente» que el diálogo. Pero están presentes ambos elementos.

El «progreso» podría basarse en la dimensión progresiva que permitiera trascender los estilos de crianza ya vividos (ausencias, golpizas, rencores mudos, venganza en los hijos, autoinculpaciones, cerrazón, autoagresión, etc.). Evitar la repetición ya sería hacer historia de otra manera, ser jóvenes de una manera diferente: no por los gustos, modas, bailes, sino por las vivencias, autoestima, seguridad, realismo, capacidad crítica, capacidad de diálogo y profundización, entre otras cosas. Sería generar cambios sociales, cambios en los vínculos básicos que constituyen pautas de relación para el futuro.

Nos parece importante volver entonces sobre las acepciones que encontramos de los términos «crecer-cambiar». Una de ellas es con frecuencia la de *recrudecer*, profundizar sus problemas; otra la de *agigantar* sentimientos ligados al «deber ser», a la responsabilidad, a la «autosuficiencia» sin otras alternativas. En otros casos aparece como una *repetición* de los estilos de sus mayores, aunque tal vez en otras escalas. O como una *continuidad* que perpetúa la imagen de autodenigración, la tendencia a explicar como fracaso personal lo que es también un producto social. Por ejemplo, uno de los jóvenes, hablando de los problemas en la escuela, dice que ésta era «buena... (porque) un profesor nos enseñaba bien...» Y sigue: «Nos castigaba y nos dejaba tarea, yo no podía hacerla... de memoria nos enseñaba bien». Y concluye: «yo era un regular alumno». Esta es una secuencia clara para ver la constante adjudicación sobre sí mismo, sobre «yo», de las deficiencias, de los errores, de la regularidad, que, tal como el joven describe, está más bien en el profesor, en el sistema educativo.

No decimos que la alternativa sea culpar a la realidad, a la sociedad de las propias vicisitudes. Cuando

MARIA ANGELA CANEPA

se da, esa actitud expresa de otra forma una distorsión en la percepción de la realidad. Pero sí nos parece que faltan elementos de juicio para estabilizar una auto imagen realista, fuera de la polarización.

ALGUNAS ESPECIFICIDADES: EL PROBLEMA DE LAS FORMAS.

Percibimos una manera de expresarse que destaca lo formal del vínculo padres-hijos, lo «secundario» versus lo básico, lo primario y natural. Tal vez ésta sea una respuesta a la distancia existente con los padres, a la cotidianidad donde la formalización permite una cierta organización que hace frente a las propias necesidades y sentimientos; a las frustraciones generadas en los vínculos, pero referidas a problemas muy básicos: hambre, abrigo, compañía, etc.

Probablemente esta distancia, formalización, (otros dirán rigidez, estereotipea) es una forma de adaptación, de defensa, pero la sentimos también como una forma de contención, de autocontención (autosoporte) y de autocontrol. Ambas cosas a la vez. De esta manera, se controlan y encapsulan los niveles de impulsividad, las necesidades instintivas que se encuentran potenciadas por un momento en el que se experimentan súbitos cambios y una revolución en el propio cuerpo. Las exigencias, hambres, anhelos, deseos, inquietudes son susceptibles de ser sentidas porque se sienten, perentoriamente, corporalmente, sin mediación.

Creemos pues que la exigencia es muy fuerte para estos jóvenes. Adaptarse implica domesticarse, domar esas fuerzas internas: acallarlas y postergarlas porque en la realidad hay otras faltas-carencias que aún no son resueltas, y de las que depende no sólo la propia satisfacción, sino la propia subsistencia. Es así que planteamos como hipótesis y pregunta: ¿están asociados los sentimientos de pena, soledad y abandono con estas nuevas carencias no aten-



## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

didadas, y no sólo con aquellas a las que ellos se refieren explícitamente? Es decir, cuando señalan que la libertad puede ser peligrosa porque ellos solos no saben cuidarse y obligarse a cumplir, ¿no están hablando de la conciencia sobre la necesidad de un refuerzo que venga de sus padres para sus propias barreras de contención? ¿No es esa una alusión al potencial de irrupción de sus impulsos sexuales y agresivos? Pareciera haber una tendencia a infantilizar la comprensión de este problema (de índole más genital-adolescente que oral-infantil).

No tenemos elementos para una exploración cultural propiamente dicha, para un análisis comparativo, pero encontramos como peculiar un recurrente uso de las dimensiones infantiles como encubridoras de dimensiones adolescentes, más estructuradas pero cargadas de una potencialidad que, al parecer, se vive como muy peligrosa, por las nuevas «adquisiciones» o realizaciones posibles que trae ser joven. Esto sucede porque tanto el potencial agresivo como el libidinal pueden ahora tener consecuencias. Frente a ello es interesante ver que los entrevistadores actúan como emisarios de las prohibiciones sociales. Por ejemplo, apenas tocan el tema de lo sexual explicitan el peligro de embarazo, traen el tema del aborto o la anticoncepción, actuando de manera represiva ante los deseos de los jóvenes. Parece que en esta escena se nos muestra cuánto el placer estaría vedado a estos jóvenes: por el clima en que se habla de algo natural, sin naturalidad; por la rigidez con que se «explora» algo más bien blando, cambiante, sensible. Creemos que esto es significativo de la internalización total de la prohibición a las satisfacciones, que puede tener como coartada la pobreza: si somos pobres tenemos necesidades, no deseos. Significativo también de lo adulto incorporado como gravedad, de lo lúdico sancionado o reprimido.

Es probable que, por la vida en el campo y la cercanía con los animales y la naturaleza, estos jóvenes sepan desde muy niños todo lo que atañe a la vida y la

MARIA ANGELA CANEPA

muerte, aunque sólo posteriormente otorguen significado a lo que han visto y oído, cuando su propia maduración vital, cognitiva, sexual les permite «entender» y no sólo saber. Aquí, las preguntas sobre sexo e identidad no van a ser pertinentes si se basan en esquemas urbanos. ¿Qué lo sería? Creo que solamente el respeto a la hilación que cada joven desarrolle respecto a sí mismo, sus deseos, impulsos, sueños y fantasías. Un diálogo renovador, donde por algún momento esté ausente el deber ser, el «cuco» del embarazo-aborto, para dar paso a la realidad de sus sentimientos, ideas y expectativas sin esa connotación de peligrosidad.

No hay que olvidar otra de las dimensiones en lo social: la adjudicación en los jóvenes del peligro que se supone que ellos son, en tanto agresivos, desobedientes, rebeldes. Esta adjudicación cimienta sobre algunos rasgos de ellos un estereotipo que los paraliza, muchas veces con una represión y negación extremos. Estas fuerzas, en algunos casos son sublimadas, postergadas, manejadas, invertidas simbólicamente en otro tipo de re-producción, rebelión.

EL PROBLEMA DE LA DIFERENCIACIÓN FAMILIA-SOCIEDAD

Sobre el punto de la construcción de identidades en este contexto en particular, citando a Erdheim podríamos añadir que, si el adolescente suele resolver su crisis poniendo distancia con sus padres, saliendo del ámbito familiar y logrando identificarse con otros, con terceros, diferentes (pares o no), en estos casos no aparece la existencia de tales terceros. Pareciera que la comunidad, en términos de identificación, se vive o es una prolongación de la familia; que la sociedad, los grupos secundarios, los otros, no están representados en las experiencias de estos jóvenes. Es así que pareciera que las identificaciones con jóvenes líderes de su comunidad, con alguna autoridad, no llega a ser un

## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

salto, un cambio. Más parece una forma de prolongar lo anterior. El problema de las identificaciones, entonces, nos remite no sólo a un asunto de los jóvenes, sino también a las presencias poco diferenciadas de los otros, repetidores más que portadores de nuevas posibilidades de ser. Es un punto a debatir.

Erdheim también señala que la adolescencia es en la historia del sujeto equivalente a la vanguardia en la historia de la civilización. Momento de crear nuevas tradiciones, de revisar críticamente lo anterior, de tomar distancia, de nuevas aproximaciones. Vanguardia en su sentido cabal: avanzada, progreso, iniciativa, encabezamiento (atingencia necesaria cuando se ha pervertido el término, y llamamos vanguardia a lo más conservador, ortodoxo, obediente, repetitivo y recurrente).

## LOS IMPEDIMENTOS, OBSTÁCULOS Y RESISTENCIAS

Si tomamos como deseable que los niños que crecen vayan adquiriendo, con sus habilidades y experiencias, la posibilidad de actuar como transformadores de sí mismos y del mundo, entonces, estamos otorgando a los jóvenes un poder, un derecho. Si asumimos que el detenerse a mirar su historia es una oportunidad de tomar conciencia, otorgar significados, repensar en sí mismos y, por tanto, en su futuro... si todo esto sucediera, habría que contar con las dificultades propias de todo proceso de crecimiento y maduración, más los obstáculos propios de la pobreza, más los de la violencia y otros viejos factores renovados, que bloquean en el sur andino y en otras zonas del país lo que puede ser cambio y vitalidad.

Contemos, además, con las propias resistencias inconscientes de los adolescentes a otorgar un nuevo sentido: por lo amenazante que resulta diferenciarse si el supuesto es que hay que borrarse. Estas resistencias estarían también en función del dolor que se re-vive, al repa-

## MARIA ANGELA CANEPA

sar, narrar, la propia vida dolorosa por momentos... Un joven entrevistado lo dice: «de niños, contentos vivíamos, jugábamos, ...también creo, ahora que cuento, duro ha sido... muy duro»

Parece ser que el proceso mental de historizar se encuentra en el psiquismo con muchas oposiciones, porque supone una mirada con distancia y la posibilidad de, a posteriori, encontrar la lógica de funcionamiento de los actores, no desde lo que su discurso explicita, sino desde lo que sus hechos van dibujando.

Otros factores que dificultan el acercamiento son, de un lado, la pobreza y su violencia connatural y, de otro, la violencia política. Ambas irrumpen en los procesos accidentados de construcción de identidades, estableciendo bifurcaciones, atajos, salidas desesperadas, adaptaciones funcionales. Como otros ya han señalado, esos factores se constituyen en una interferencia para la imaginación, facultad desde la cual la historización de la propia vida se puede percibir como lo que podría haber sido, lo que puede aún ser diferente, lo que se imagina uno para ponerlo en la historia, y no sólo la militante resignación sin imaginación a lo que la vida «da».

### EL PLANO PARA UBICARSE EN LA REALIDAD

Esta es una necesidad no sentida, pero sí «actuada» por los jóvenes. Ellos necesitan de un «mapa» que les permita saber dónde están situados, en qué lugar del vasto mundo. Requieren aquello que trae todo plano: escalas, dimensiones, medidas, distancias, es decir, la ubicación dentro del contexto más global, así como la de los otros. Las proporciones, cantidades, espacios, son representaciones que permiten ordenarse y organizarse internamente en relación con los otros.

La identidad es también eso: la localización de los problemas, obstáculos y posibilidades de cada cual, lo par-



## LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

particular del espectro de acción de cada uno, el «dónde» y no solo el «quién». Sonaría a ubicarse en términos de clase social, jerarquía, estamento, pero nos parece más fino que eso. No es la necesidad de pertenencia sino de lugar, de encuentro del propio sentido a través del encuentro con los otros y con la propia imagen más integrada.

Pretendemos haber esbozado algunas de las muchas ideas que suscita leer estas entrevistas, y también las preocupaciones, temores y esperanzas a que conducen. Algo de lo «circular» de esta reflexión, es producto del material mismo. El resto lo es de la dificultad de asirlo de otra manera.

## Bibliografía

ANZIEU, Didier

Acerca de la identificación. En: *Teoría y técnica del psicoanálisis en grupos*. Ed. Siglo XXI.

BLUM, Harold

1987

En torno a la identificación y sus vicisitudes. En *Libro anual de psicoanálisis 1986*. Lima. Ediciones Imago, pp. 93-101.

BRONFENBRENNER, Urie

1972

Las teorías freudianas de la identificación y sus derivaciones. En: SARANSON, I. (ed.), *Ciencia y Teoría en psicoanálisis*. Ed. Amorrortu. Buenos Aires, pp. 89-125.

CARNEIRO Leao, Inaura

1987

La identificación y sus vicisitudes en la adolescencia. En: *Libro anual de Psicoanálisis 1986*. Lima. Ediciones Imago, pp. 160-168.

LA SUBJETIVIDAD DE LOS JOVENES ANDINOS

- DEGREGORI, C.I. y J. López Ricci  
1990 Los hijos de la guerra. Jóvenes andinos y criollos frente a la violencia política. En: *Tiempos de ira y amor*. DESCO. Lima.
- ERDHEIM, Mario  
1992a *Conferencias en el Goethe Institut*. Lima, octubre de 1992
- 1992b *Psicoanálisis, adolescencia y retroactividad*. Mimeo.
- 1992c *Sobre la desritualización en la adolescencia por la aceleración del cambio cultural*. Mimeo. Quito.
- IRARRÁZABAL, Diego  
1989 Juventud y educación en el Sur Andino. En *Boletín del Instituto de Estudios Aymaras*. Número 32. Chucuito.
- PORTOCARRERO, Gonzalo  
1990 El silencio, la queja y la acción. Respuestas al sufrimiento en la cultura peruana. En *Tiempos de ira y amor*. DESCO, Lima.